

Léjos de quedar deslumbrado, contempla fijamente Satan todos aquellos objetos; ninguno está fuera del alcance de su vista, que como no se opone obstáculo ni sombra alguna, el sol lo esclarece todo. Así, cuando al medio día lanza este sus rayos verticales desde el ecuador, cayendo directamente, en ningún punto de alrededor puede proyectarse la sombra de un cuerpo opaco. Aquel aire, puro cual ningún otro, contribuía á que la mirada de Satan penetrase hasta los objetos más lejanos, y así descubrió claramente un hermoso ángel que estaba en pié, y era el mismo que Juan el apóstol percibió en el sol. Aunque vuelto de espaldas, no se ocultaba su glorioso aspecto: coronaba su frente una tiara de oro formada por los rayos de aquel astro, y su cabellera, no menos brillante, ondeaba suelta sobre sus alas. Parecía ocupado en un grave cargo, ó sumido en meditacion profunda, pero el Espíritu impuro se llenó de alegría con la esperanza de tener en él un guía que dirigiese su vuelo errante hácia el Paraiso terrestre, feliz morada del Hombre, donde debía terminar su viaje y principiar nuestra desventura.

Para evitar sin embargo todo peligro ó contrariedad, ideó el medio de desfigurarse, tomando la forma de un querubín adolescente, si no de los de primer orden, tal que llevase pintada en su rostro la inmortal juventud del cielo y la hermosura de la gracia en todo su continente; que tan diestro era en aquellas artes. Sujetaba una diadema sus cabellos, rizados por el aliento del céfiro; sus alas compuestas de plumas de varios colores, estaban salpicadas de oro; la túnica recogida que le cubría daba mayor desembarazo á sus movimientos, y parecía medir sus pasos al compás del tirso de plata en que se apoyaba.

No pudo acercarse sin ser oído, y al sentir el ruido de sus pasos, volvió el Ángel su radiante rostro. Reconoció entónces Satan á Uriel, uno de los siete arcángeles que en presencia de Dios y como más próximos á su trono, son los ejecutores de sus mandatos; son sus ojos, que recorren ya los cielos, ya el globo terrestre, llevando instantáneamente su palabra así á las regiones acuosas, como á las secas, así á las tierras, como á los mares. Acércase Satan á Uriel, y le dice:

«Uriel, pues eres uno de los siete espíritus que asisten ante el glorioso y brillante trono del Señor, y el primero que sueles interpretar su voluntad suprema, trasmitiéndola al más elevado cielo donde la están esperando todas sus criaturas, no dudo que sus soberanos decretos te otorguen aquí igual honor, y que por lo mismo, y siendo uno de los ojos del Eterno, visitarás con frecuencia el mundo

nuevamente creado. El ardiente deseo de ver y conocer las admirables obras de Dios, y particularmente al Hombre, objeto principal de sus delicias y favores, por quien todas esas obras tan maravillosas ha creado, me ha inducido á separarme de los coros de querubines y á discurrir solo por estos sitios. Dime, pues, hermosísimo serafín, dime en cuál de esos orbes esplendorosos tiene el Hombre su residencia fija, ó si no la tiene, y puede habitar indistintamente en todos ellos. Dime dónde podré hallar, dónde contemplar con mudo asombro, ó mostrando francamente mi admiracion, á ese sér á quien el Criador da tantos mundos, derramando sobre él tal copia de perfecciones. Así podremos ambos, no sólo por el hombre, sino por todas las demás cosas, glorificar al universal Hacedor, cuya justicia precipitó en lo más profundo del infierno á sus rebeldes enemigos, y que para reparar esta pérdida, y para gloria mayor suya, ha creado esta dichosa raza. En todo es sabia su providencia.»

Así habló el falso Enemigo, encubriendo su astucia, pues ni hombres ni ángeles pueden discernir la hipocresía, vicio invisible en cielo y tierra, excepto para Dios, que lo consiente; que aún cuando la Sabiduría vigila, la Desconfianza duerme á su puerta, ó cede el puesto á la Sencillez; y la Bondad no ve mal alguno donde claramente no se descubre. Esto fué lo que entónces engañó á Uriel, aunque como director del sol, era tenido por el espíritu más perspicaz del cielo; por lo que con natural sinceridad contestó así al pérfido impostor:

«Ángel hermoso: tu deseo de conocer las obras de Dios para glorificar á su Autor supremo, nada tiene de vituperable, ántes la vehemencia misma de ese anhelo es de mayor alabanza merecedora, pues desde su empírea mansion te trae solo hasta aquí, queriendo asegurarte por tus propios ojos de lo que quizá en el cielo se contentan algunos con saber de oídas. Maravillosas en verdad son las obras del Altísimo, todas dignas de conocerse y recordarse siempre con delicia. Pero ¿cuál de los espíritus creados podrá calcular su número ó comprender la infinita sabiduría que las produjo, aunque sin manifestar lo recóndito de sus causas?

»Yo vi cuando á su voz se juntó la informe masa de la materia, embrion ya de ese mundo: oyóla el caos; la revuelta confusión adquirió forma, y la infinita inmensidad se redujo á límites. Pronunció otra palabra, y las tinieblas se disiparon; brilló la luz, nació el orden del desorden, y al punto se repartieron segun su gravedad respectiva los elementos corpóreos, la tierra, el agua, el aire y el fuego.

Voló á la region aérea la quinta esencia del cielo, y animándose segun sus diferentes disposiciones, y girando á modo de esfera, se convirtió en esas innumerales estrellas que estás viendo. Cada cual ocupó distinto lugar conforme su movimiento; cada cual sigue su curso; y lo demás circuye como una muralla el Universo.

»¿Vés allá abajo aquel globo, uno de cuyos lados brilla con la luz reflejada que de aquí recibe? Pues aquella es la Tierra; allí habita el Hombre; esta luz es su día, y sin ella cubriría la noche todo el globo terrestre, como sucede en el hemisferio opuesto. Pero la proximidad de la Luna, que así se llama aquel hermoso planeta que está enfrente, le presta oportuno auxilio; describe su círculo mensual, y acabado, vuelve á recorrerlo incesantemente en medio del cielo, iluminándose su triforme faz con el resplandor que recibe y que á su vez comunica á la tierra, y con su pálida influencia ahuyenta la oscuridad de la noche. Ese punto adonde señalo, es el Paraiso, mansion de Adán, y la sombra que en medio de él se dilata, su vivienda. No puedes equivocar el camino; á mi me incumben otros cuidados.»

Volvió el rostro al decir esto, y Satan se inclinó profundamente ante aquel espíritu superior, como es costumbre en el cielo, dondè nadie rehusa tributar el respeto y honor debidos; y despidiéndose de Uriel, se lanzó á la costa inferior de la tierra desde la Ecliptica. Cobrando entónces mayor agilidad con la esperanza de obtener un feliz éxito, descende perpendicularmente, gira como una rueda, atravesando la region del Éter, y no se detiene hasta llegar á la cima del Nifates¹.

(1) Montaña de la Armenia cerca de la cual coloca Milton el Paraiso.



SE LANZÓ Á LA COSTA INFERIOR DE LA TIERRA DESDE LA ECLÍPTICA....